LA MARIPOSA

2º 3º

Con sus alas cansadas, una mariposa revoloteaba sobre la pradera. Caía una ligera lluvia que empapó sus bellas alas, poniéndolas tan pesadas que el insecto cayó sobre el pasto. Casi todo el polvo brillante que cubría sus alas había desaparecido. En vano trató de volar. Se arrastro penosamente hacia una planta y puso un par de pequeños huevos bajo sus hojas.

Viendo que sus alas ya no podían levantarla, las dobló y permaneció quieta soñando con flores y rayos de sol, mientras la lluvia caía más y más tupida.

Cuando sopló la brisa fría de la noche sobre la pradera, la mariposa murió. Los pequeños huevos quedaban al cuidado de la Madre Tierra. Durante el día el Sol los cubría con su calor; en la noche la Tierra los envolvía con su tibio aliento. La hoja los protegía de la lluvia, de manera que siempre estaban bien cuidados. El torrente de vida latente en la vieja mariposa se había agotado, pero había dejado una chispa en cada huevecillo.

Pasaron los días, se percibió un suave movimiento debajo de la delicada envoltura. Un rayito de sol que jugueteaba envolviendo la planta exclamó:

-"¡Salid, salid!".

El huevo se estiró, se agitó y, por fin, se rompió dejando salir una pequeña larva con el cuerpo cubierto de puntos amarillos, tan suave y tierna como un hilo de seda. La pequeña criatura se arrastró hacia la verde hoja, haciendo de aquel lugar su jardín; así como también su fuente de alimentación.

La larva se dio cuenta de que el borde de la hoja era más sabroso, y poco a poco roía las esquinitas. Después de unos cuantos días la mitad de la hoja había desaparecido. El rayito de sol gritó de nuevo:

-"¡Sal hacia el verde mundo!"

La pequeña larva se deslizó de planta en planta. No todas le gustaban y siempre permanecía más tiempo sobre las plantas que se parecían a aquéllas que fueron su primer hogar.

El tiempo pasó, la larva creció. Después de unas cuantas semanas su lomo se cubrió de mechones de pelusa larga y café, entre esos mechones brillaron pequeñas motas rojas.

Terminó el verano. El viento de otoño sopló sobre la pradera y sobre los campos. El rayo de sol volvió a decir:

-"Busca un hogar tranquilo que te sirva de albergue".

Obediente, la larva se deslizó entre las piedras, adentrándose en la tierra. Tenía miedo de la oscuridad y murmuró quedamente:

-"Madre Tierra ayúdame a penetrar; el Sol quiere que me aleje de los verdes campos".

La Madre Tierra respondió con ternura:

-"No llores, deja tras de ti el verde mundo, sigue el consejo del sol, ven a mí. Despójate de tu ropaje, está viejo y arrugado; ahora duerme; mis duendecillos tejerán bellos sueños para ti".

La larva tiró su traje usado y descansó plácidamente. De súbito sintió que su cuerpo se ponía tenso, duro como si fuera madera. No podía moverse.

Sintió que se asfixiaba; quiso pedir ayuda a la Madre Tierra:

"Ayúdame, ayúdame, esto debe ser la muerte", gemía.

Pero antes de poder pronunciar una sola palabra cayó en profundo sueño, un sueño de muerte. Su piel se endureció como la madera de un féretro.

Cuando llegó el invierno, los copos de nieve cubrieron la tierra y las estrellas brillaban intensamente en el cielo nocturno. Entonces ocurrió un milagro en el féretro de la larva. Con suaves deditos, misteriosos duendecillos introdujeron un traje celestial en la quieta y silenciosa tumba. Lo habían tejido con luz de estrellas y resplandor del arco iris.

La tibia primavera fundió la nieve. Su calor llegó al fondo de la tierra. En la pradera las flores se abrían a la luz cálida del Sol, y cuando hubieron engalanado los prados con sus brillantes colores, allá en el fondo de la tierra, se abrió el féretro donde había muerto la larva, y despertó una mariposa.

Buscando un caminito entre las piedras, la mariposa surgió al aire libre hacia la luz. Oyó el eco de un canto que venía desde el mundo brillante:

-"Ven con nosotros", decían en el lenguaje de las flores.

Las flores se quejaron al Sol:

-"¡Ojalá pudiéramos también volar hacia la luz, trenzando figuras entre tus rayos!".

El Sol replicó:

-"Debo vagar sobre tierras y mares; esperad un poco y mi "Pájaro-sol" vendrá hacia vosotros. Él sabe las maravillosas historias de las estrellas y del arco-iris"

Al mismo instante, la mariposa voló, posándose sobre las flores. Permaneció siempre con ellas; y las flores la quisieron como a una hermana.

Del libro de lectura de 2º "Madre Tierra, Padre Sol"